

## DOÑA AURELITA

Yo NUNCA vi llorar a mi padre. Privaba en su tiempo el dogma de que los varones no lloran. Su llanto me hubiera aniquilado. Acaso escondiera alguna lágrima. ¡Sufrió tanto! Mi hermana María me dice que ella, siendo muy niña, sí lo vio llorar alguna vez, a la lectura de ciertos pasajes históricos sobre la guerra con los Estados Unidos y la llegada de las tropas del Norte hasta nuestro Palacio Nacional.

Como él sólo dejaba ver aquella alegría torrencial, aquella vitalidad gozosa de héroe que juega con las tormentas; como nunca lo sorprendí postrado; como era del buen pedernal que no suelta astillas sino destellos, me figuro que debo a él cuanto hay en mí de Juan-queríe. A mi madre, en cambio, creo que le debo el Juan-que-llora y cierta delectación morosa en la tristeza.

No fue una mujer plañidera, lejos de eso; pero, en la pareja, sólo ella representa para mí el don de lágrimas. El llanto, lo que por verdadero llanto se entiende, no era lo suyo. Apenas se le humedecían un poco las mejillas. Su misma lucidez la hacía humorística y zumbona. Su ternura no se consentía nunca ternezas excesivas. Y ni durante los últimos años, en que padeció tan cruel enfermedad, aceptaba la compasión.

Estaba cortada al modelo de la antigua “ama” castellana. Hacendosa, administradora, providente, señora del telar y el granero, iba de la cocina a las caballerizas con un trocico a lo indio, y por todas partes oíamos el tintineo de sus llaves como una presencia vigilante.

Con la mayor naturalidad del mundo, sin perder su agilidad ni sus líneas sobrias, tuvo cinco hijos y siete hijas —singular simetría para el friso del Partenón—, entre los cuales me tocó el noveno lugar: Bernardo †, Rodolfo †, María †, Roberto †, Aurelia †, Amalia †, Eloísa †, Otilia, Alfonso, Lupe †, Eva †, Alejandro.

Su actividad era, a la vez, causa y efecto de una gran salud del espíritu. Se sentía, en su entereza, más bien asociada con el hombre que no contrastada con el hombre. Sócrates, en las *Memorabilia*, llamó por eso —sin miedo a los groseros equívocos— “mujer varonil” a la esposa y madre sin tacha. Hasta comprendía ella y aceptaba mejor las impaciencias de sus hijos, que no los casuales desfallecimientos de sus hijas. Le agradaba ver a sus varoncitos encaminarse desordenadamente hacia el carácter viril.

Era pulcra sin coquetería, durita, pequeña y nerviosa. La dolencia que nos la llevó tuvo que luchar con ella treinta años. No la abatió su amarga y larguísima viudez, porque realizó el milagro de seguir viviendo para el esposo. Era muy brava: capaz de esperar a pie firme, y durante varios años, el regreso de Ulises —que andaba en sus bregas— sin dejar enfriarse el hogar; capaz de seguir a su Campeador por las batallas, o de recogerlo ella misma en los hospitales de sangre. Para socorrerlo y acompañarlo, le aconteció cruzar montañas a caballo, con una criatura por nacer, propia hazaña de nuestras invictas soldaderas.

Desarmaba nuestras timideces pueriles con uno que otro grito que yo llamaría de madre espartana, a no ser porque lo sazónaba siempre el genio del chiste y del buen humor. Pero también, a la mexicana, le gustaba una que otra vez hurgar en sus dolores con cierta sabiduría resignada. Y yo hallo, en suma, que de su corazón al mío ha corrido siempre un común latido de sufrimiento.